

HOSANNA

DESDE NUESTROS HOGARES

ALTAR DE ADORACIÓN

FAMILIAR



Vivir como hijos bajo la dirección del Espíritu



Cita Bíblica

Romanos
8:14 – 16

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

INTRODUCCIÓN

Cuando deseamos ser guiados por el Espíritu Santo, solemos pensar en una decisión que necesitamos tomar: qué camino seguir, dónde trabajar o cómo responder ante una situación difícil. Estas preguntas tienen su lugar. Sin embargo, la dirección del Espíritu alcanza algo más profundo que la solución de una circunstancia. Él obra para que comprendamos nuestra relación con Dios y aprendamos a vivir conforme a la vida que hemos recibido en Cristo.

Ser guiados implica permitir que la dirección del Espíritu forme nuestro caminar, y responder a ella con obediencia. Abarca nuestra manera de vivir, además de las decisiones concretas.

Su dirección alcanza nuestra relación con Dios, lo que está siendo formado en nuestro interior y la manera en que actuamos. Para comprender esa obra, consideraremos tres aspectos:

I. Cómo el Espíritu Santo da testimonio de que somos hijos.

El testimonio interior del Espíritu, la condición que recibimos mediante la adopción y la enseñanza de las Escrituras nos permiten comprender una misma realidad desde aspectos relacionados. Nuestra seguridad tiene su fundamento en Cristo y encuentra expresión en nuestra relación con el Padre.

Dar testimonio a nuestro espíritu no debe reducirse a escuchar una voz audible ni a experimentar una emoción de determinada intensidad. Pablo no establece una sensación única que todos debamos reproducir para comprobar que somos hijos. La seguridad de nuestra pertenencia está unida a la verdad del evangelio y a la obra del Espíritu que nos lleva a relacionarnos con Dios como Padre.

El clamor «Abba, Padre» aparece en una relación de dependencia. Podemos acercarnos con confianza porque hemos sido recibidos, y reconocer al mismo tiempo que el Padre tiene autoridad para enseñar y corregir. La cercanía no convierte su voluntad en algo secundario.

La afirmación «soy hijo de Dios» debe conducirnos a una relación vivida: puedo pedir ayuda al Padre, recibir su corrección y confiarle lo que no controlo. Esa confianza se reconoce en la disposición para volver a él y permanecer atentos a Su Palabra, aun cuando nuestros sentimientos sean variables.

II. Cómo el Espíritu santo nos ayuda en la formación del carácter.

El carácter se manifiesta en la manera habitual de pensar, decidir y relacionarnos. No es equivalente a nuestro temperamento: una persona reservada necesita crecer tanto como una persona expresiva. Tampoco se mide solamente por los conocimientos, los años en la iglesia o las responsabilidades que alguien desempeña.

El Padre desea que sus hijos reflejen su carácter. Nuestra identidad como hijos debe expresarse en cómo pensamos, tratamos a las personas y respondemos ante las dificultades. Por eso, la dirección del Espíritu también alcanza nuestras actitudes, deseos y motivaciones.

Mateo 5:48 - "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto."

La madurez se reconoce cuando nuestra manera de vivir refleja cada vez más el carácter del Padre.

La transformación procede de la obra del Espíritu. Él nos forma para reflejar a Cristo y hace que la verdad alcance nuestra manera de pensar, desear y actuar.

Podemos reunir lo que hace en tres aspectos.

Pertenecer a Cristo implica una ruptura con el gobierno de la carne. Aunque todavía enfrentamos deseos contrarios a Dios, ya no debemos concederles el derecho de dirigir nuestra vida.

La formación del carácter toma forma en esa respuesta diaria. El Padre desea que lo reflejemos; el Espíritu obra en nosotros, y nosotros aprendemos a responder con obediencia, aun cuando hacerlo tenga un costo.

III. El Espíritu nos guía en decisiones concretas.

Hechos 8:29 – 30 - Y el Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a ese carro. Acudiendo Felipe, le oyó que leía al profeta Isaías, y dijo: Pero ¿entiendes lo que lees?

Felipe ya había respondido a la instrucción de ir al camino que descendía a Gaza. Allí recibió esta dirección específica: acercarse al carro. Su obediencia lo llevó a conversar con una persona que necesitaba comprender la Escritura y conocer a Jesucristo.

El relato muestra que la dirección del Espíritu puede llevarnos hacia una persona y una oportunidad de servicio. Felipe no conocía todos los detalles cuando comenzó a obedecer. Al acercarse descubrió la necesidad que había delante de él. La dirección estuvo al servicio del evangelio y produjo una acción concreta.

La Escritura forma nuestro criterio para tomar decisiones. La oración, la sabiduría y el consejo de creyentes maduros nos ayudan a evaluar las opciones.

Sentir algo con mucha intensidad no garantiza que sea dirección de Dios.

Ser guiados implica estar dispuestos a obedecer y permitir que Dios corrija nuestros planes. La dirección también llega mientras servimos

CONCLUSIÓN

Al pedir que el Espíritu Santo nos guíe, pongamos delante del Señor también aquello que todavía deseamos controlar. Hay una respuesta de obediencia que podemos dar hoy: recibir una corrección, abandonar una práctica, confiar al Padre un temor o reconsiderar un plan que hemos tratado como definitivo.

Respondamos al Padre desde la identidad que hemos recibido y permitamos que Su verdad tenga autoridad sobre nuestra vida. Nuestra disposición a ser guiados se hace concreta cuando dejamos que Él forme nuestras respuestas y corrija nuestras decisiones. Hoy podemos dar ese paso de confianza y obediencia.